

Cataluña y la renovada actualidad de la cuestión nacional

Francisco José Cuberos-Gallardo

Doutor em Antropologia Social pela Universidade de Sevilha e investigador de pós-doutoramento no Centro de Investigação e Estudos de Sociologia (CIES-IUL). O seu trabalho centra-se na análise comparativa de processos migratórios e dinâmicas de conflito urbano na Península Ibérica e na América Latina.

francisco.jose.cuberos@iscte-iul.pt

Para citar este texto:

CUBEROS-GALLARDO, Francisco José. Cataluña y la renovada actualidad de la cuestión nacional. [Debate]. *Revista Tempo e Argumento*, Florianópolis, v. 9, n. 22, p. 478 - 486, set./dez. 2017.

DOI: 10.5965/2175180309222017478

<http://dx.doi.org/10.5965/2175180309222017478>

El 1 de octubre de 2017, el gobierno regional de Cataluña celebró un referéndum de autodeterminación, por el que convocaba a toda la ciudadanía catalana a decidir soberanamente sobre el futuro político de su tierra. La consulta, que fue anunciada formalmente con un mes de antelación y suspendida de inmediato por el Tribunal Constitucional de España, planteaba una sola pregunta:

- “¿Quiere que Cataluña sea un estado independiente en forma de república?”

Y había dos posibles respuestas:

- “Sí/No”.

Al término de la jornada, más de 2 millones de personas habían participado en el referéndum, y el 90,18% se pronunciaba partidario de la independencia. Se marcaba así un punto de inflexión en la evolución de un conflicto político marcado por el crecimiento ininterrumpido del independentismo catalán durante una década y la negativa sistemática del gobierno de Mariano Rajoy al diálogo sobre el estatus político de Cataluña. Atrás quedaban meses de confrontación dialéctica, movilizaciones en las calles y cruces de acusaciones. Se abría paso un nuevo ciclo político represivo, encarnado por la aplicación del controvertido artículo 155 de la Constitución Española, la suspensión de la autonomía catalana, el encarcelamiento de la mayor parte del gobierno catalán y la convocatoria unilateral de nuevas elecciones autonómicas por parte del gobierno español.

La situación política de Cataluña ha devenido de esta forma en un conflicto de hondo calado, que interpela de forma abierta al régimen constitucional inaugurado en 1978 y que obliga inexcusablemente a abrir un debate profundo sobre el presente y el futuro de los pueblos que integran el Estado español. Un debate que presenta, a su vez, múltiples aristas y que ha tendido hasta el momento a concretarse en tres terrenos: el del Derecho, donde se discuten simultáneamente los derechos que legítimamente asisten a estos pueblos y las posibilidades materiales de su encaje jurídico; el de la Historia, donde resurge vivamente la cuestión de la españolidad y su problemático desarrollo en la forma de un Estado-nación moderno; y el de la Economía, que alberga los más variados análisis y premoniciones sobre las consecuencias del conflicto político catalán en las condiciones materiales de vida de los ciudadanos de este territorio y del conjunto del Estado español. En este ensayo, sin embargo, me propongo enmarcar el conflicto catalán en una reflexión de carácter socioantropológico sobre el sentido de las identidades etno-nacionales en el marco de la globalización neoliberal. Y es que más allá de sus implicaciones jurídicas y económicas, la crisis catalana sólo puede ser entendida a partir de una comprensión razonable de los usos, las formas, las funciones y los significados de los etno-nacionalismos en el actual contexto histórico.

Llama la atención, en este sentido, cómo los actores contrarios al independentismo catalán producen con frecuencia discursos que desprecian abiertamente la trascendencia política de la identidad. En ellos, las reivindicaciones identitarias, y muy especialmente los etno-nacionalismos, aparecen genéricamente desautorizadas en tanto manifestaciones irracionales y causa de inestabilidad. El único nacionalismo legítimo sería el nacionalismo de Estado, como el nacionalismo español, que es representado como un “nacionalismo no-nacionalista”, como un producto obvio o natural de la evolución lógica de la Historia. De esta forma, los representantes del orden hegemónico – gobierno español, Unión Europea (UE), Fondo Monetario Internacional (FMI), entre otros – se arrojan una suerte de racionalidad neutra, moralmente universal y que supuestamente estaría por encima de las pasiones identitarias. Frente a ella, la reivindicación soberanista de Cataluña es construida en este discurso como una fiebre patriótica, como un ciego apego sentimental que amenaza con destapar todos los peligros propios de las bajas pasiones: el nacionalismo xenófobo, el populismo autoritario y, por supuesto, la desconfianza de los mercados. No es casual que Mariano Rajoy y sus ministros hagan en sus intervenciones sobre el tema frecuentes “llamamientos a la cordura”, o que el FMI haya catalogado la situación como “de incertidumbre” y haya alertado del “riesgo de contagio” (sic). Estas imágenes de perfil sanitario recortan el conflicto catalán hasta reducirlo a una mera disfunción: una fiebre, un virus, una disrupción enfermiza que interrumpe el orden natural y saludable de las cosas.

Por otra parte, existe un desprecio ontológico hacia el nacionalismo en tanto agente estructurante de las sociedades, que tiene raíces bien asentadas en el paradigma neoliberal. Desde que Francis Fukuyama (1992) decretase el “fin de la Historia”, toda una pléyade de académicos apologetas del neoliberalismo han preconizado la conveniencia de que las sociedades humanas se construyan exclusivamente en torno a los principios económicos de este sistema y que abandonen todas las motivaciones “ideológicas” que puedan interferir en el cálculo individual e inmediato de sus beneficios materiales. La globalización, desde esta perspectiva, aparece como una fuerza liberadora que derriba las fronteras nacionales y reorganiza a las personas en el marco de un único mundo ordenado en la lógica exclusiva y excluyente del capitalismo neoliberal. Mientras tanto, buena parte de la izquierda europea desautoriza el nacionalismo catalán con la misma energía,

identificándolo como una maniobra de la burguesía que enturbia el debate político y distrae a las clases populares catalanas, desviando su atención de los problemas que “verdaderamente” les afectan. Desde una posición de claro reduccionismo economicista, este “marxismo vulgar” (Moreno, 1993) identifica el nacionalismo catalán como un “invento burgués” y lo desliga de cualquier proyecto transformador que pueda conectar con las necesidades y los intereses materiales de la población catalana. Encontramos aquí las resonancias más o menos simplificadas de los argumentos de autores como Gellner (1983) o Hobsbawm (1992), que interpretan los nacionalismos en tanto estrategias de las elites para la proyección de arriba abajo de sus propios intereses. Lo interesante es que, tanto en su versión neoliberal como en la del “marxismo vulgar”, la participación de las masas en los proyectos nacionalistas constituiría una disfunción: una desviación injustificada de la acción política racional.

Sin embargo, la experiencia política catalana nos invita a reflexionar pausadamente en este punto. Los altos niveles de participación de la sociedad civil catalana en todo el proceso soberanista, así como la continuada capacidad de incidencia que ésta ha demostrado en el desarrollo de los acontecimientos nos obliga a cuestionarnos que su papel haya sido el de un mero canalizador de discursos y estrategias diseñados por una elite. De hecho, uno de los aspectos más interesantes del *Procés*¹ ha sido el protagonismo de organizaciones políticas no-partidistas, como Asamblea Nacional Catalana (ANC) y Òmnium Cultural, que no sólo han cargado con el peso de una movilización masiva y constante desde – al menos – la celebración de la Diada de 2012², sino que han ejercido como interlocutores capaces de condicionar las prácticas y discursos de todo el espectro político catalán. Este fenómeno suele ser simplificado en el argumentario del gobierno español y del resto de fuerzas nacionalistas españolas, que tienden a presentar a estas

¹ El *Procés* (*proceso*, en catalán) es el nombre con que genéricamente se identifica la etapa política reciente de ascenso y consolidación del proyecto independentista en Cataluña. El comienzo de este período suele ser fijado aproximadamente en torno a la declaración de inconstitucionalidad del Estatuto de Autonomía catalán por parte del Tribunal Constitucional en 2010 y se extiende hasta la actualidad.

² La Diada, o *Día de Cataluña*, se celebra cada 11 de septiembre en conmemoración de la caída de Barcelona en poder de las tropas borbónicas durante la Guerra de Sucesión Española de 1714. Durante los últimos años, la celebración de la Diada ha sido sistemáticamente acompañada de grandes manifestaciones a favor de la independencia de Cataluña.

entidades como meras correas de transmisión de una elite controlada desde la jerarquía de los partidos políticos soberanistas. En esta lectura, el independentismo sería un inmenso ejercicio de manipulación, por el que amplias capas de la ciudadanía catalana estarían siendo incorporadas a un proyecto elitista y ajeno a sus intereses. Existe, sin embargo, una lectura alternativa de este proceso, que parece casar mejor con el desarrollo de los acontecimientos. El inmenso crecimiento protagonizado por el proyecto independentista en el seno de la sociedad catalana habría impregnado de abajo arriba la vida político-institucional de Cataluña, motivando primero un crecimiento exponencial del tejido asociativo afín y, sólo a posteriori, un desplazamiento de las elites políticas hacia posiciones independentistas. Esta interpretación nos permite comprender tanto el crecimiento del independentismo en el tejido asociativo catalán como su asunción reciente por partidos tradicionalmente no-independentistas, como la coalición *Convergència i Unió* (CIU). Pero, frente a la imagen de un virus irracional inoculado por una elite en una masa manipulable, esta lectura nos sitúa frente a un proceso de transformación profunda que toma cuerpo primero en las calles, en las asociaciones barriales, en las organizaciones de base, y que sólo en un segundo momento es incorporado por las elites políticas para evitar quedar descabalgadas en el nuevo escenario político. Esta lectura no excluye la posibilidad de que estas elites intenten esconder tras el discurso nacionalista sus propios intereses y las amenazas que estos intereses pueden representar para otros sectores de la sociedad. Pero sí reconoce que el crecimiento del apoyo al independentismo es relativamente autónomo de la acción política de estas elites y que son ellas las que se suben a un tren en marcha que viene impulsado por un movimiento social transversal fuertemente imbricado en la vida social del país. Parece razonable, en todo caso, asumir que, más allá de los usos que unos y otros puedan darle, el proyecto independentista ha conectado con una parte importante de la sociedad catalana, ofreciendo discursos y propuestas que articulan sus necesidades y las dotan de sentido. El reto, entonces, es entender este *sentido* que el proyecto independentista asume en el actual contexto político.

De antemano, y frente a quienes se empeñan en hablar de las identidades nacionales como restos anacrónicos de una Modernidad supuestamente superada, urge reconocer la evidencia de que han sido precisamente las identidades étnicas y nacionales

las que han articulado muchos de los principales movimientos de respuesta organizada a los excesos de la globalización neoliberal. El recurso a la identidad diferenciada como fuente de reivindicación de derechos aparece como una constante durante los últimos 25 años, que adopta una pluralidad de formas y aplicaciones concretas. Algunas de ellas han derivado en repliegues patrióticos de carácter agresivo, incluyendo la eclosión nacionalista que siguió a la desintegración de la antigua Yugoslavia o, más recientemente, el crecimiento de la ultraderecha xenófoba en países como Francia, Austria, Hungría o Estados Unidos. En otros casos, sin embargo, las identidades etno-nacionales han sido el eje articulador de demandas de profundización democrática y han habilitado cambios que apuntan claramente a un ensanche de los derechos civiles y políticos. Baste recordar en este punto el levantamiento zapatista de 1994 y el crecimiento en paralelo de las demandas de autonomía indígena en toda América Latina, incluyendo los cambios constitucionales que en numerosos países han consolidado avances incuestionables para los sectores populares. Lo que parece evidente es que las identidades étnicas y nacionales, lejos de desaparecer bajo el rodillo uniformizador de la globalización neoliberal, aparecen como su contraparte necesaria. Se constatan en fin las tesis de autores como Castells (1997, 2003) o Touraine (1997), quienes reconocen precisamente en la globalización la causa principal de la actualidad de reivindicaciones identitarias en tanto ejes articuladores de proyectos alternativos.

En Cataluña, el proceso independentista ha alumbrado la consolidación de las Candidaturas de Unitat Popular (CUP)³, uno de los representantes parlamentarios del independentismo, que se construye como un movimiento asambleario y que se reivindica expresamente anticapitalista, feminista y socialista. Este fenómeno, unido al crecimiento continuado que según todas las encuestas viene experimentando Esquerra Republicana de Cataluña (ERC)⁴, en paralelo al desgaste del Partido Demócrata Europeo Catalán

³ Las CUP comienzan su andadura en los años 1980, con la presentación de las primeras candidaturas asamblearias, soberanistas y revolucionarias en elecciones municipales. En 2012, deciden presentarse por primera vez a unas elecciones al Parlamento catalán, obteniendo 3 representantes. En 2015, sus resultados son casi triplicados, y logra 10 diputados autonómicos.

⁴ ERC es un partido de larga trayectoria, fundado en 1931 y organizado en torno a los valores del nacionalismo catalán, el republicanismo y la izquierda. En 2012, obtuvo 21 representantes en el Parlamento catalán, y en 2015 se presenta en el marco de la coalición independentista *Junts pel sí*, que roza la mayoría absoluta (62 diputados autonómicos y forma gobierno).

(PDeCAT)⁵, parece apuntar que el desarrollo del *Procés* soberanista se va traduciendo en un refuerzo de las versiones catalanistas más progresistas frente a las conservadoras, descartando la posibilidad de que el propio catalanismo se construya como una reacción patriótica de carácter xenófobo.

De hecho, si analizamos la evolución del discurso catalanista a lo largo de todo el proceso de consolidación del independentismo, observamos una transición evidente desde los argumentos típicamente identitarios hacia otros de carácter cívico o democratizador. Así, reivindicaciones históricas del nacionalismo catalán, como la defensa de la lengua o las tradiciones propias, que durante décadas fueron el eje articulador del proyecto, han quedado relegadas a un segundo plano en un discurso que ha tendido a construirse sobre demandas ligadas a la participación democrática y el protagonismo de la ciudadanía. En este sentido, la alteridad que el discurso independentista plantea frente al Estado español no se fundamenta tanto en el rechazo a una supuesta *cultura española* como en la confrontación con un régimen político-institucional percibido como arcaico, corrupto y carente de garantías democráticas. Esto se aprecia claramente, por ejemplo, en el carácter netamente republicano del proyecto independentista, que contrasta con la condición monárquica del Estado español, precisamente coincidiendo con el que ha sido sin duda el período de mayor desgaste en la imagen y el prestigio de la familia real española en la Historia reciente, directamente afectada por sonados casos de corrupción. Tampoco es casual que el auge independentista coincida con la consolidación a nivel estatal de la hegemonía del Partido Popular (PP), una organización de derechas cuyos orígenes se encuentran estrechamente ligados a la dictadura franquista. En un contexto de fuerte crisis política, económica e institucional en el Estado español, el independentismo ha cuajado como una opción viable para superar las ataduras con un régimen seriamente deslegitimado y como una alternativa para la construcción participada de una sociedad diferente. Para amplios sectores de la sociedad catalana, el soberanismo no apunta a un

⁵ El Partido Demócrata Europeo Catalán (PDeCAT) es fundado en 2016, como refundación de Convergencia Democrática de Catalunya (CDC), uno de los partidos que durante décadas integró la coalición catalanista-no independentista y de centro-derecha *Convergència i Unió* (CIU). La refundación de CDC como PDeCAT apunta, entre otros cambios, un claro viraje hacia el independentismo.

repliegue hacia el pasado ni a la conservación de una identidad original, sino a la construcción de un futuro más democrático. La nueva república absorbe así la carga simbólica asociada a valores tan actuales como la participación, la transparencia, el republicanismo o el laicismo. Esta tendencia, a su vez, se ha visto reforzada en la medida en que el gobierno de Mariano Rajoy, la propia corona y los principales partidos españoles se han enrocado en una posición de negativa al diálogo antes del referéndum y de represión política y judicial desde entonces. La jornada del 1 de octubre, marcada de forma indeleble por las imágenes de violencia policial contra quienes pretendían votar, ha marcado probablemente un punto de no retorno. Desde entonces, el conflicto ha transitado aún más velozmente desde una confrontación entre sentimientos nacionales hacia un choque entre unos independentistas que quieren resolver el conflicto mediante una votación libre y un Estado dispuesto a asfixiar por todos los medios cualquier debate que exceda el marco constitucional actualmente vigente.

El 21 de diciembre de 2017, Cataluña celebrará unas elecciones autonómicas precipitadas por la intervención del Estado central frente al desarrollo del proyecto independentista. Es difícil prever el curso de los acontecimientos tras la celebración de los comicios. Es posible que, en caso de nueva victoria de las candidaturas independentistas, el proyecto de un nuevo Estado catalán sea retomado en su forma más rupturista o, más probablemente, en una versión más moderada y negociadora. De ganar las opciones españolistas es esperable un cambio drástico en el perfil del gobierno regional, y un esfuerzo ingente por rebajar la intensidad del debate político sobre la cuestión catalana. Por el momento, en cualquier caso, el desarrollo del *Procés* deja como uno de sus frutos la urgencia ya indiscutida de afrontar el debate territorial en el Estado español a nivel constitucional y la necesidad impostergable de buscar un nuevo acomodo en su seno para los pueblos que lo integran. Cuarenta años después de la proclamación de la Constitución de 1978, España avanza irremediabilmente hacia un debate profundo sobre su identidad. Veinticinco años después del “fin de la Historia”, la nación, sus integrantes, sus derechos y sus formas organizativas siguen marcando la agenda política en la Europa del siglo XXI.

Referencias

Castells, Manuel (1997) *La era de la información. Vol.1, La Sociedad red*. Madrid: Alianza editorial.

Castells, Manuel (2003) *La era de la información. Vol.2, El poder de la identidad*. Madrid: Alianza editorial.

Fukuyama, Francis (1992) *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.

Gellner, Ernest (1983) *Nations and nationalism*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.

Hobsbawm, Eric (1992) *Nations and nationalism since 1780. Programme, myth, reality*. Cambridge: Cambridge University Press.

Moreno, Isidoro (1993) *Andalucía: Identidad y cultura*. Málaga: Ágora.

Touraine, Alain (1997) *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. México: Fondo de Cultura Económica.